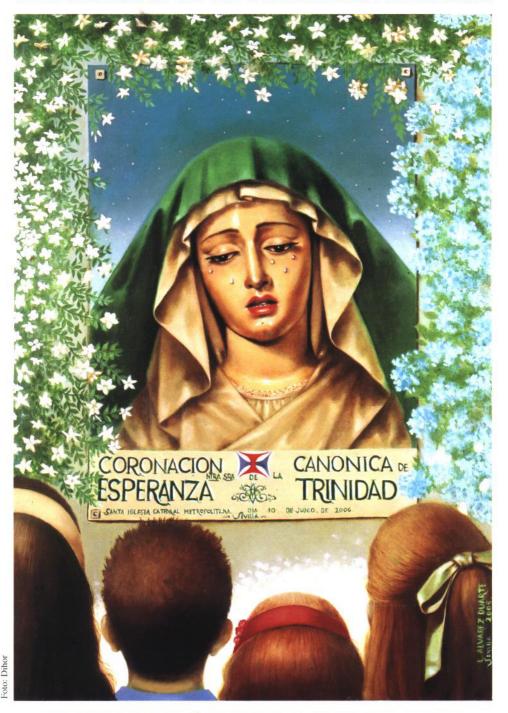
Hermandad de la Santísima Trinidad



XXXI PREGÓN DE LA ESPERANZA Pregonero: Juan Miguel Vega Leal

DEDICATORIA

Ayer fue su santo; por eso quisiera poner este pregón como un regalo, como una ofrenda, en sus sevillanas manos de madre humilde del barrio de la Trinidad, de modo que sean ellas las que guíen sus líneas, compongan sus párrafos y dirijan mi decir.

Quienes vivimos en las calles que circundan el Santuario de María Auxiliadora sentimos por ella un cariño especial. Porque, aunque por su advocación merecería tener mayor protagonismo, ella se nos muestra reservada y sencilla cada día, tal y como lo fue entonces. Callada, obediente. Sierva de Dios. Entregada a una espiritualidad a la que todos aspiramos, pero pocos llegamos a alcanzar. Por eso el Creador la hizo venir al mundo sin mancha de pecado. Por eso Dios la eligió como madre para su hijo, por eso su humano vientre fue el primer sagrario, donde vivió nueve meses el hijo de Dios.

Ayer fue su santo y yo quiero besar hoy su mano y dedicarle este pregón que lleno está de la esperanza que ella nos inspira cuando la vemos, cada Sábado Santo, atravesada por el dolor en medio de ese drama que acontece sobre el paso del Santísimo Cristo de las Cinco Llagas. Pendiente lleva la mirada del cuerpo exangüe de su hijo, y aunque todo está consumado, María Santísima de la Concepción parece guardar en lo más profundo de su alma desgarrada el anhelo de hallar en ese cuerpo muerto que tiene ante sí un último hilo de vida. Ese anhelo, esa fe de madre que se resiste a aceptar la muerte de su hijo, es lo que nos hace ver en ella, también, a la Virgen de la Esperanza.

Porque María Santísima de la Concepción, aunque sumisa a los planes del Creador, se resiste al destino decretado para el fruto de su vientre. Por eso, sus ojos, más que reflejar la muerte del Mesías, parecen preludiar, en un milagroso delirio, su gloriosa Resurrección.

Ella, desde su sencillez y su dolor, nos da cada día la lección de lo que debemos ser. Serenos ante el horror, pero alegres ante el futuro. Hombres y Mujeres llenos de Fe en el mañana. Gente, en suma, con esperanza.

Para esa Esperanza hay razones. Y no hace falta para poder encontrarla esperar a ese futuro prometido que nos aguarda tras la otra orilla del río de la vida. Algunas de esas razones nos acompañan cada día. Están delante mismo de nosotros. Para verlas no nos hace falta más que quitarnos la venda que nos ciega y aprender a mirar con los ojos del alma; aprender a ver la vida con Esperanza.

La primera de las razonas es precisamente Ella. El inolvidable Juan Castro Nocera decía: las cofradías tienen una cosa muy importante: la Virgen. El lo sabía bien, confidente como era de la guardesa del barrio del Arenal, esa Virgen Pura y Limpia que vive junto al Arco del Postigo y que, al fin y al cabo, es la misma que guarda esta collación de extramuros con su mirada vuelta hacia los cielos.

Es cierto que la Virgen no es sólo de las cofradías, pero sí que las cofradías han sabido entenderla y quererla como nadie. Y también han sabido valorar como nadie su inconmensurable contribución a la salvación del hombre. La Virgen, como fuente de vida, es también un surtidor de esperanza.

Según la Doctrina de la Iglesia la Esperanza es una virtud teologal, pero yo en un herético atrevimiento prefiero considerarla un don que a todos nos ha sido dado. Porque para ejercer la virtud es necesaria la voluntad y a veces, por mucha voluntad que se ponga, la Esperanza no aparece. La Esperanza es por eso un don. Es la Fe al alcance de todos. Hasta de los agnósticos y los ateos. La Esperanza es creer. Creer en el mañana. La Esperanza es creer en el Porvenir, el rayo verde que nos alumbra

en la oscuridad. La certeza de que, tras la tormenta, habrá de venir la calma, y de que no hay mal que cien años dure. Y esa Fe, aunque algunos así quieran pensarlo, no ha surgido en nosotros por generación espontánea. Un soplo divino la ha instalado en nuestra alma. Es la misma Fe que reflejan los ojos suplicantes de esta María de la Concepción, como pregonando el milagro que el Padre Eterno tiene reservado para su hijo en la disposición final de su Sagrado Decreto. Un reflejo que Dios instaló en sus ojos para pregonar la Esperanza.

Por eso, María Santísima de la Concepción es también María Santísima de la Esperanza, a cuyo patrocinio y amparo me acojo para dirigiros este pregón; que no habrá de contar con mejor protección este pregonero para hacer frente a la responsabilidad de poner letra a este anhelo que es sentir la Esperanza, para invocar a la Esperanza y su necesidad, haciéndose virtud teologal, habite entre nosotros.

Miremos, pues, a nuestro interior para hallar esa esperanza que hoy queremos proclamar; volvamos la vista hacia nuestra alma porque vamos a encontrarla, inspirada por Dios, en la emoción de sabernos en los días más sevillanos del año, cuando el húmedo verdín del otoño surge de entre los intersticios del pavimento y en las casas se ha extendido el serrín del Portal simulando los arenales de Judea. Días de octava y seises; de repicar de las campanas de la Giralda; de tornos conventuales que ofrecen sus delicias de cielo; de tradiciones que los sevillanos llevamos con orgullo en la masa de nuestra sangre. Días para dar gracias a Dios por haber nacido en esta ciudad. Quizá no la mejor del mundo, pero sí la nuestra. La que nos vio nacer. La que amamos. Sevilla, el tercer regalo que, con la Esperanza y la Virgen, hemos recibido del Creador.

Sevilla, esta Sevilla gris, húmeda y fría de prontos anocheceres, se abre en estos días como una flor para que en ella se pose la Esperanza. Todo está lleno ya de expectación por la venida del Salvador; a quien aguarda su madre a pie de calle, como en la puerta de su casa, bajada de su altar, esperándolo ante el Presbiterio. Esa Madre que nos recibe con la mano extendida reclamando nuestro beso.

Qué suerte tenemos los sevillanos de poder vivir cada año estos momentos; cuánto darían muchos de nuestros congéneres repartidos por el mundo por encontrar una mano a la que asirse para no caer en el hondo precipicio del escepticismo y la duda. Para encontrar, agarrados a ella, la Esperanza. La promesa del mañana.

Tomémosle esa su blanca mano y sigámosla por el camino que ella nos indica. Si así lo hacemos, sentiremos que nunca jamás dejaremos este sevillano paraíso de incienso y emociones que ahora nos estremece el alma. Acudamos pues a la llamada de Dios abrigados bajo el manto protector de su Elegida; la que nació sin pecado y es bendita entre todas las mujeres. María, la fuente de una Esperanza que, quizá ahora, necesitamos más que nunca.

Dios te salve María, y bendita sea la luz de tus ojos, que hace nacer el sol cada mañana y brotar en nuestro corazón la Esperanza de que habrá de ser mejor el nuevo día. Dejadme, sevillanos que invoque en este punto su patrocinio y la salude, Ave María Purísima, con palabras del poeta Montesinos que son un piropo, un beso en su mano y la proclamación de un sentir que toda nuestra raza comparte:

Salgo de esta madrugada
Medio loco y medio muerto
La Virgen dio el cielo abierto
A su ciudad más amada.
Ay, María Inmaculada,
Niña guapa sin igual.
A Dios no le sienta mal
Saberte la preferida
Sevillana concebida
Sin pecado original.



EL PRIMER PREGONERO

El primer pregonero de la Esperanza vino al mundo hace dos mil años. Y durante los tres últimos de su corta vida estuvo repitiendo su pregón hasta que el oscuro veneno de la incomprensión lo clavó en una cruz, donde habría de pronunciarlo por última vez a través de la sangre que manó de sus cinco llagas. Aquel pregonero se llamó Jesús y este año volverá a nacer en el Belén de nuestros corazones cuando en el arco del firmamento el baile de los planetas vuelva a hacer recrecer la luz y a llenar de claridad los días. Desde que él vino, los sucesivos pregoneros de la Esperanza que vinieron después no han hecho sino repetir su mensaje. Por mi parte, a la hora de afrontar este inmerecido encargo no habré de hacer otra cosa. Pues ni una coma cabe quitar al mensaje más importante y trascendente de cuantos jamás se han pronunciado sobre la faz de la Tierra.

Juan, el mejor cronista de las obras de aquel pregonero, terminaba su crónica diciendo que, además de las que él nos cuenta en su Evangelio, hubo muchas otras cosas que Jesús hizo durante los 33 años que anduvo por la Tierra, pero que si todas esas cosas tuvieran que escribirse una a una, faltaría sitio en el mundo para guardar los libros donde habrían de ser reflejadas.

Mas Juan sabía también que entre las muchas que dijo, bastó una palabra suya, una sola de todas sus frases, para encerrar en ella todo el discurso, el mensaje entero, de aquel pregonero que gastó sus sandalias recorriendo los senderos de Judea, Palestina y Galilea para proclamar una Esperanza que, intacta, ha llegado hasta nuestros días y esta noche va a mostrarse ante nosotros, dos mil años después.

Esa frase esencial, la piedra angular del primer y definitivo pregón de la Esperanza, la escribió Juan en el versículo 25 del capítulo 11 del Evangelio donde acopió los hechos y los dichos del Maestro. En dicho versículo se recoge la conclusión que Jesús quiso que extrajéramos del milagro de la resurrección de Lázaro: "Quien cree en mí, aunque muera, vivirá." Nada más, ni más claro ni más rotundo cabe decir para explicar su misión y su discurso. Jesús no era ni un brujo ni un mago que fuera sanando enfermos y resucitando difuntos, pues todos al fin y al cabo hemos necesariamente de morir para llegar hasta él. La muerte es parte del proceso de la Salvación. Lo que él vino a traernos es precisamente la Esperanza, hacernos sentir que ahí no acaba la historia.

Si en muchos corazones la Esperanza muere precisamente con la muerte, y ella es el non plus ultra, no hay más allá, Jesús viene para decirnos que, al cabo de la oscura noche del morir, se enciende la luz de la resurrección. Yo soy la Resurrección y la Vida, proclama. Es decir, él es la Esperanza. Ni un mago, ni un brujo, ni un prestidigitador. Los males que curaba el Mesías no eran precisamente los del cuerpo, sino los del alma, los que de verdad preocupaban al Hijo de Dios.

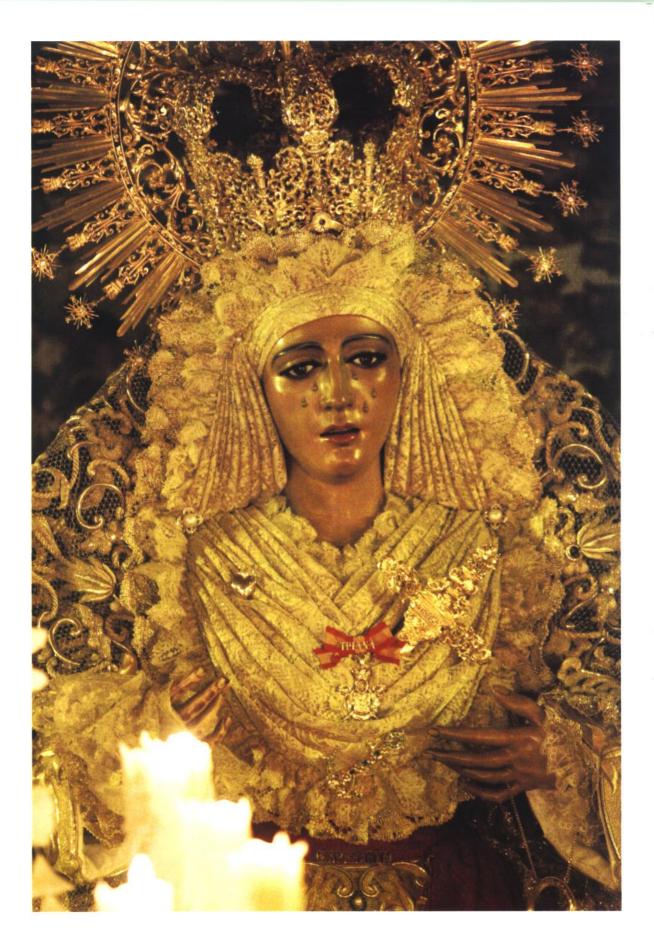
Y así nos lo demostró aquel amanecer de domingo en el que, tras haber cargado con la cruz de nuestra maldad y caído tres veces en el pedregal del odio, sentenciado a muerte por la ceguera humana, se despojó del rigor de las garras de la muerte y su cuerpo glorioso ascendió al cielo mientras en la Tierra se encendían las lenguas de fuego de la Esperanza para alumbrar el camino del hombre. Desde entonces, la Esperanza tuvo un nombre: Jesús de Nazareth. Jesús Nazareno. El nombre de ese judío que, doblado por el peso de la cruz, vemos cada Viernes Santo recorrer las calles de Triana, como antes, el Domingo de Ramos, recorrió las de la Judería, abrumado por todas las penas del mundo, y sin que el auxilio del cirineo que lo ayuda a soportar

el peso de la cruz pueda evitar que vuelva a caer, por tercera vez, en una plaza del Altozano envuelta en la incierta luz de los reflejos que la luna proyecta sobre las inquietas aguas del Guadalquivir.

Jesús Nazareno, rey de los Judíos, así lo proclama la Sentencia que, a golpe de tambor, anuncia la imposible voz de un sicario en el estremecido amanecer de los Callejones macarenos.

lesus Nazarenus Rex Iudaeorum, en latín, griego y arameo se declaraba con sádica sorna su realeza en la tablilla que coronaba el patibulum donde fue clavado, ensartándole pies y manos con tres clavos de forja, para alancear luego en San Martín su costado con el afilado pilum de Longinos, abriéndole la quinta llaga, por la que el apóstol vio salir agua y sangre mientras los cielos se oscurecían y el firmamento tronaba, al tiempo que una entrecortada voz latina proclamaba: "En verdad este era el hijo de Dios."

Aquel Evangelio se repite cada primavera en Sevilla a través de una ceremonia que esta noche empezamos a reedificar sembrando la semilla de la espera. El milagro de la ingravidez de la Virgen María, obrado por los ojos de Dios, ha hecho crecer el bendito fruto del Verbo hecho carne en su vientre que, henchido ya de nueve lunas, proclama la inminencia de la llegada del Redentor. Un cometa cruza el cielo, es la fiesta de la Expectación. Los Magos se ponen en camino, un ángel predispone a los pastores. Se anuncia la llegada del Mesías, va a nacer, hermanos, una Esperanza que veremos concretada y hecha certeza cuando, consumada ya la primavera, ese niño que ahora va a nacer, padezca, muera, resucite y suba al cielo para mostrarnos que sólo es eterna la vida. Que quien cree en él, aunque muera, vivirá.



LA PRIMERA ESPERANZA

Detrás la Esperanza late inevitablemente la duda. No tendría sentido la Esperanza si no existiera, antes o durante, la duda. Porque la certeza, es decir, la ausencia total de la duda, hace innecesaria la Esperanza. Sin embargo, la certeza, desgraciadamente, no nos ha sido dada en la misma medida que la Esperanza.

A Juan Garrido, ese entrañable sacerdote que nos está arreglando el Salvador de modo que dure en pié hasta el día del juicio, a Juan Garrido, digo, se le humedecía la mirada al acordarse de aquel trabajador de la construcción que le devolvió la vida. Había muerto en un desgraciado accidente laboral y su familia decidió donar todos sus órganos. Uno de sus riñones le fue trasplantado cuando Juan se encontraba ya en una situación extrema, viendo cómo día a día se le iba acabando, no la esperanza, sino la vida. Gracias a ese riñón que le llegó a través de la fatalidad, Juan resucitó igual que Lázaro.

Una tarde, con la mirada empañada por el agradecimiento hacia un hombre al que jamás conoció pero por quien rezaba todos los días, me confesó que a pesar de su resurrección, las dudas no le habían abandonado. Pero no le habían abandonado porque le resultaban necesarias. Y me dijo que nunca hay que dudar de la duda. Pues la duda es necesaria para creer. La certeza, sostenía Juan, es ciencia, y no estamos hablando de ciencia sino de Fe y la Fe es la capacidad para soportar las dudas. Pero ¿cómo llegar hasta la Fé? La Esperanza es el camino.

La Esperanza es el bien más valioso que puede tener el ser humano. Es gratis y puede tomarse cuanta se quiera. Sin embargo son muy pocos los que lo hacen; los la buscan y la toman para tenerla en abundancia. En cambio, son muchos más los desesperados, aquellos que carecen de este bien, a pesar de la paradoja de su gratuidad. Y eso, amigos, es algo que cuesta trabajo entender.

Acaso el motivo sea que el hombre acuda demasiado tarde a la Esperanza, siempre como último recurso. 'La Esperanza es lo último que se pierde'; 'Esta es nuestra última Esperaza'. Son cosas que suelen decirse. Es posible que si pusiéramos la Esperanza por delante, si no fuera el último recurso, nos fueran las cosas de otra manera en la vida.

Sí, se habla mucho de la última Esperanza, pero ¿Cuál es la primera? Probablemente cada cual tenga la suya; la mía la guardo en un rincón del corazón, hasta donde la llevó mi propia sangre, y allí se acomodó cuando los días pasaban lentos y el futuro era algo demasiado lejano, cuando uno, en vez de pregones, escribía cartas a los reyes magos.

Acompañadme, amigos, hasta el lugar donde habita mi primera Esperanza. Quiero llevaros de paseo por un barrio de casas blancas y calles estrechas salpicadas de la flor del geranio; acompañadme a un paraíso de rejas verdes por las que se cuela una brisa con aromas de salitre. Venid a ese corazón que late vigoroso junto a la arteria que lleva tres mil años dando vida a este solar. Venid conmigo a Triana, porque en Triana veréis la Esperanza dibujada en el más bello rostro de mujer y hecha mirada. Venid a Triana a sentir la presencia inmensa y protectora de la que una vez llevó a Dios en su seno. Y dejad que, en Triana, Ella os abra las ventanas del mañana y que os inunde la brisa de su gracia.

Y, sintiéndoos ya acogidos en el regazo de la Madre de Dios, reparad entonces en su belleza. La noche eterna del cosmos, el milagro entero de la creación, duerme en sus ojos. Negras pupilas que reflejan el brillo de todos los luceros que en el firmamento hubo; que a lo largo de dos mil madrugadas todas las estrellas le fueron salieron al encuentro para dibujar en sus mejillas un ascua húmeda de dolor mientras ella, la Esperanza, seguía por las calles de Sevilla la senda que su torturado hijo iba trazando abrazado a una cruz.

Yo aprendí de niño a descifrar el misterio de su mirada, a sentirme amparado bajo su rostro moreno. Porque Ella era de mi propia familia, porque mi familia había bebido el agua de la Fe en la pila de Santana que ella vigila y protege. Por eso Ella era, y aún es hoy, mi primera Esperanza, como lo fue de mi gente.

Lo fue para Carmen, trianera de los Cuatro Cantillos que sintió que la vida se le iba el día que levó anclas y hubo de irse a vivir al otro lado del río. Trianera de pro que cuando su hijo logró comprarse un seiscientos ella le pedía que le diera una vueltecita por la calle Pureza, de la que tan dolorosamente lejos vivía; pero también para Curro, un gaditano de Villamartín que desde su lejana sierra vino andando —andando, señores— hasta Sevilla en busca de un futuro mejor y pudo hallarlo gracias a que antes la encontró a Ella para que gobernase la singladura de su vida. Los dos tenían en sus casas un retrato de ella, con sus ojos brillantes como luceros para iluminarles el camino, con su rostro surcado por la húmeda luz del dolor, pero también con el sosiego de quien presagia el próximo amanecer.

Juan, el hijo de Carmen, y Dolores, la hija de Curro, me llevaban cada año en busca de ese amanecer a la calle Pastor y Landero; allá donde antiguamente los brazos febriles de los presos clamaban desde las rejas su compasión diciéndole: Solé, dame la mano. Y allí, sintiendo el frío del alba en mis piernas de niño de pantalón corto, la esperaba. Recuerdo que me gustaba acariciar las capas blancas de los nazarenos que iban pasando ante mí. Casi siempre, una incierta neblina envolvía la ciudad a esas horas tempranas y misteriosas del día, y se me antojaba que esos nazarenos que caminaban ceremoniosos entre la bruma eran seres irreales. Luego reparaba en el ancla de su escudo y mi mente creaba mil y una fantasías hasta que a lo lejos la sentíamos llegar a Ella. La Esperanza.

No sé por qué me parecía distinta a la de la foto. Era como si la luz del día le hubiera revelado todo lo que hasta entonces no sabía, el desenlace glorioso de tantos tormentos como padecía por el sufrir de su hijo. Era como si en ese mismo instante, quizá antes de haber dado la vuelta a la esquina de nuestra calle, la hubiera vuelto a visitar el arcángel Gabriel para tranquilizarla anunciándole: No te preocupes, María, que al tercer día tu hijo resucitará. Y ella, ante mi absorta y aturdida mirada, parecía sonreír. Después, pasaba envuelta entre bordados, redoble de tambores y clamor de cornetas, asaeteada por los olés y los vivas de la gente, para perderse luego, calle abajo.

Ya en casa, arriba el sol cenital del Viernes Santo, volvía a encontrarla en su cuadro. En blanco y negro. La misma de antes. No sonreía, pero también la veía distinta y hasta podía entrever en su mirada, más llena aún de luceros, un gesto cómplice, una mirada cariñosa. Y sentía en mi rostro infantil una cálida caricia maternal.

Ninguna experiencia marca tanto en la vida como las que se tienen de niño. Por eso jamás podré olvidar aquellos amaneceres de Viernes Santo viendo pasar ante mí la plenitud morena de la Virgen de mis padres. Así fue como aprendí a quererla. Así fue como empecé a acudir a Ella, igual que hago hoy y haré mañana. Porque en mi alma grabada la llevo desde niño con el fuego de los recuerdos mejores. Ella es mi primera Esperanza. La Esperanza de Triana.

RUEGA POR NOSOTROS

El padre Rafael Navarrete es un jesuita que lleva muchos años enseñando a los desesperados a encontrar la luz al final del túnel. Sus cursillos, inspirados en la espiritualidad oriental, son de fama en todo el país. A través de sus constantes aproximaciones al budismo o el Zen, este católico que nunca dejó de serlo, comprendió que, a lo largo de los siglos, Dios ha hablado por boca de mucha gente. En realidad, su voz está en el interior de todos nosotros, dondequiera que vivamos; creamos o no en El. Sólo es cuestión de saber escucharla.

Tantos años indagando a través de la espiritualidad para buscar el modo de afrontar los problemas de la gente le han otorgado un inmenso conocimiento sobre la naturaleza humana, sobre el por qué de nuestros actos y nuestra forma de sentir. Y al cabo de sus investigaciones, el padre Navarrete ha llegado a la conclusión de que, si reparamos en ello, tendremos muchas veces la sensación de que algo, una mano mágica, va guiando las cosas que nos suceden en la vida. De modo que, aún en los peores momentos, ese algo misterioso nos conduce hasta encontrar una salida. De ahí han podido salir refranes como Dios aprieta, pero no ahoga o Dios escribe derecho sobre renglones torcidos que, inconscientemente explicarían este prodigioso fenómeno.

Algo de todo esto ocurrió aquella noche en que sonó el teléfono. Había sido una noche de hospitales y dolor; de pesadumbre y tristeza. De desesperación. La medianoche se acercaba cuando el timbrazo rompió el espeso silencio del hogar. Al otro lado del teléfono, el hermano mayor de la hermandad del Sagrado Decreto nos comunicaba la noticia de que su junta de gobierno había decidido nombrarnos como pregonero de la Esperanza.

Confieso que pedí unos minutos para pensarlo, más que nada por el impacto que me produjo recibir una noticia que en absoluto esperaba. En realidad, aquel timbrazo lo que había era desatado la alarma de que algo malo ocurría, de que algo había ido a peor. Afortunadamente, no fue así. Inevitablemente, durante aquellos minutos de meditación que requerí a Manolo Toledo se vinieron a mi mente las tesis del padre Navarrete. ¿Sería aquello obra de esa mano misteriosa que nos saca del pozo en los momentos de zozobra? Y caí luego en la cuenta de que, entre las esperanzas de Sevilla está la Divina Enfermera de San Martín. Ya no había dudas. Esto tenía que ser cosa suya.

Igual que Dios habla por boca de mucha gente, la Virgen se nos muestra a través de mil circunstancias. Los católicos, quien si no, tenemos que creer en los milagros; pero más que en resurrecciones o en curaciones imposibles, en esos milagros pequeños que acontecen cada día y que nos llevan a comprobar que esa mano mágica que nos lleva a través del sendero de la vida es la mano misma de Dios.

Hace unas semanas, su ráfaga temblando al aire denso del declinante verano, la Divina Enfermera salió a la calle en busca de espíritus que sanar. Uno de los que halló fue el mío. Y le di entonces las gracias por el bálsamo que me brindó aquella noche, inspirando a quienes decidieron encargarme este pregón, cuya elaboración os confieso que ha supuesto una curativa triaca para sanar las heridas de mi alma, atravesada entonces por el miedo y la incertidumbre.

Cuando su pequeño y armonioso paso se perdió entre los vericuetos de la plaza de la Encarnación, la Virgen dejó tras de sí una estela aromática de incienso que quedó guardada para siempre en mi conciencia; a través de ella interpreté la fórmula magistral de la Esperanza que ella lleva grabada en lo dulce de su expresión.

Ahora estoy en San Martín, en la recóndita plazuela donde siempre es otoño, pero nunca faltan las golondrinas que golpean con sus alas los balcones de la primavera, como llamando para que abramos sus cristaleras y nos asomemos a esta vida que ella nos invita a vivir llevándonos de su mano por el sendero de la claridad, el camino que conduce a un futuro limpio y sin miedos.

Yo, Divina Enfermera, no quisiera esta noche pedirte nada más para mí, que ya me has dado bastante. Demasiado quizá invitándome a este esfuerzo introspectivo para encontrarme a mi mismo. Hoy quisiera pedirte por este país, que veo perdido en laberintos de difícil salida. Fija la mirada en un ayer ya irremediable o fabricando ensoñaciones que a nada llevan.

Le falta tu mano a este país; esa mano terapéutica y sanadora para conducir las cosas por la senda de lo razonable y el entendimiento. La senda por la que ansía andar el pueblo. La senda de la normalidad. Esa normalidad que alguien definió gráficamente explicando que consiste en que si llaman a tu puerta a las seis de la mañana, no tendrás ninguna duda de que es el lechero.

Virgen de la Esperanza, Divina Enfermera, te pido que oigas esta noche mis ruegos por esta Sevilla, enferma de tantas cosas, sobre todo, enferma de olvido y de abandono, a pesar de lo cual no dejan de hacerle continuos e injustos reproches desde otros rincones de Andalucía. Te pido también por esta Andalucía que nos duele tanto, para que al fin pueda entrar en la senda de un progreso que no la obligue a reclamar la solidaridad de aquellos que no quieren ser solidarios con ella. Y te pido también, reparadora de almas de San Martín, por esta España que ya ha sufrido demasiado en el pasado; en el cercano y también en el lejano; y que quiere y merece vivir en paz de una vez y para siempre; una España donde todos quepan, sí, pero también una España en la que se reconozca la contribución realizada por una religión y una filosofía que fueron las bases que cimentaron las libertades que hoy todos disfrutamos. Que nadie en España pueda temer jamás nada por mostrar públicamente el orgullo de creer en un Dios que es Amor y en su Madre que es Esperanza.



DE LA GRACIA Y LA ESPERANZA

Si en Sevilla se concretan algún día todas las expectativas, ese día es el Domingo de Ramos. El Domingo de Ramos es el día del anhelo cumplido. El día en que todo es nuevo. El amanecer de las promesas hechas realidad. El Domingo de Ramos la Esperanza se hace luz.

Cuando a los sevillanos nos preguntan qué es lo que más nos aturde, lo que más nos impacta, lo que más nos toca la fibra del inmenso esplendor del Domingo de Ramos, casi todos respondemos que la luz. La luz de ese día no tiene por qué ser distinta a la de su víspera, el sábado de pasión, o a la del día siguiente, el Lunes Santo, pero a nosotros nos lo parece. Y nos lo parece con razón, porque el Domingo de Ramos tiene en efecto una luz distinta; una luz que nace de nuestro interior y lo envuelve todo, dándole un sello mágico y sublime. El sello de las cosas únicas.

Sí, el Domingo de Ramos da sentido a la Esperanza. Su llegada colma lo que durante tanto tiempo se ha estado esperando y preparando con todo el cariño del que puede ser capaz una persona, que es mucho. Pero el Domingo de Ramos no es sólo una Esperanza hecha luminosa realidad; es también la gracia colmándonos, entrando a raudales por nuestras calles, inundándolas a nuestros orgullosos ojos de una belleza incomparable.

Qué acierto tuvieron los hermanos de San Roque cuando eligieron la advocación de su Virgen dolorosa para sacarla en la tarde del Domingo de Ramos. Gracia y Esperanza, la llamaron. Su nombre, cascabelero y sevillano hasta la médula, aquilata todas las esencias de este día perfecto. Luego, Fernández Andes y Sebastián Santos dibujarían en la madera el rostro más bello donde poder apreciarlas con total nitidez. Un rostro de niña, el rostro de la Gracia sevillana, nimbado por la luz de una Esperanza que nace de su mirada serena y bellísima.

El paso de palio de la Virgen de Gracia y Esperanza, sus varales cantando una sinfonía de plata, es la concreción de todas las maravillas del Domingo de Ramos. Su brillo al aire de la tarde soleada es la jubilosa proclama de que ya está aquí la Semana Santa. Y luego, su tránsito íntimo a la media luz de sus guardabrisas por las callejas de la Judería, una experiencia mística que nos acerca al trascendente instante que en esos días evoca la ciudad.

Llega el Domingo de Ramos y sale la cofradía de San Roque. Rebrilla la luz y brota el azahar. Una maravilla, pero, una maravilla incompleta si le faltara Sevilla. Y Sevilla no es sólo el azahar o la luz; ni siquiera el Domingo de Ramos. Sevilla es también la gente y es su caserío. Sevilla es un escenario imprescindible para hacer posible este prodigio de la Semana Santa. En cualquier otro sitio no sería igual. En la misma Sevilla, si fuera distinta, no sería igual. ¿Sería igual el regreso de la cofradía de San Roque si en vez de volver por las estrechas calles de la Judería lo hiciera por alguna ancha autovía de tres carriles en cada sentido? La Virgen de Gracia y Esperanza lleva ya muchas décadas recorriendo la ciudad; la ha visto cambiar y no siempre para bien. Sevilla también es víctima de su particular pasión y muerte. Sufre a sus propios fariseos y la acometen los intolerantes sanedritas de la modernidad. Para ellos, aquellos que consideramos que en Sevilla es posible compaginar la modernización con la preservación de las esencias arquitectónicas, algo que tantas ciudades europeas han logrado, somos unos cavernícolas. Francamente, yo no me termino de imaginar un paso cualquiera de una cofradía sevillana, el paso de la Virgen de Gracia y Esperanza por ejemplo, pasando bajo ese engendro que pretenden levantar en la plaza de la Encarnación.

Muchas de todas estas cosas que hoy estamos pregonando tienen sentido porque están conectadas con otras y entre todas conforman un todo armónico y complejo que puede venirse abajo por la falta de una de ellas. Es la misma complejidad que lleva a la perfección a nuestros pasos de palio.

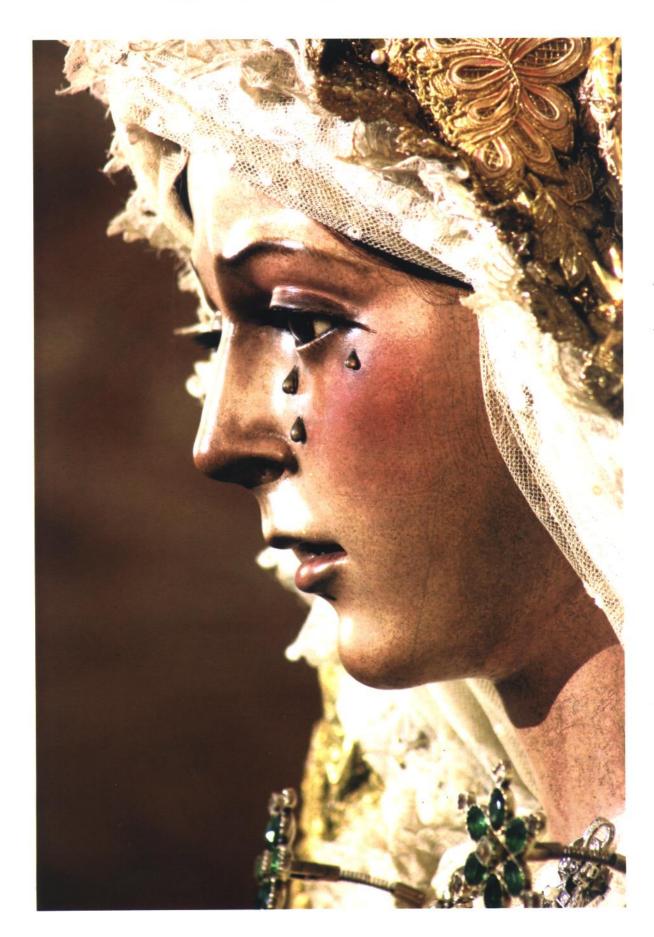
La Semana Santa de Sevilla es lo que es porque es la Semana Santa de Sevilla y no de otro sitio. Y Sevilla es una ciudad con unas características determinadas que no son intercambiables por otras. Si el día de mañana tirasen el barrio del Arenal, como hace no mucho tiempo alguien propuso, y sobre su solar se levantasen rascacielos, Sevilla seguiría llamándose igual, pero ya no sería la misma.

Todo esto podemos verlo más claramente en una herida que la hermandad de San Roque tiene abierta desde hace unos años. Desde el año en que perdió el prodigio de su transitar por la calle Caballerizas, aquel que cantó el poeta Rodríguez Buzón hará el año que viene medio siglo. A compás la cera llora, porque viene de regreso...

El prodigio sólo existe ahora en los versos. En el recuerdo, en la nostalgia. Seguramente, el daño no será eterno y alguna vez habrá de volver de su exilio literario. Pero para muchos seguramente ya será demasiado tarde. Yo quisiera esta noche, asomado al rostro de infinita dulzura de María Santísima de Gracia y Esperanza, soñar con el anhelado regreso y pedir que el próximo Domingo de Ramos todas las promesas, todas se hagan realidad. Y quiero parafrasear en un modesto homenaje al más sublime poeta de las cofradías para clamar por ese regreso diciendo:

Las lágrimas que la cera Iba a compás derramando Fueron la calle sembrando De flores de primavera. Mas nada es ya como era. La cal, de pena tiznada, Ya no refleja sonrisas Ni la rozan guardabrisas Al son de la madrugada. Calle de Caballerizas Oscura esquina olvidada ¿Qué te trajo esta ojeriza? El domingo en su esplendor Sevilla siente rubor Viéndote como te ve Hemos perdido la Fe Nos hemos hecho a tu horror ¿Para cuándo tu regreso, deiando en el aire, preso, este grito que ahora imploro?

¿Cuándo el fin de tu desdoro?
Calle de Caballerizas
Abrazo para la pena
Pedacito de la gloria
Paraíso en la memoria
Cofre para la azucena.
Devuélvenos los luceros
Y la saeta gitana
Y el repique de campana
Sin que toque el campanero.
Vuelve que la luna brilla
Y cantemos alabanzas
Cuando pase esa chiquilla
Que es la Gracia y la Esperanza
Y es la Gloria de Sevilla.



LA ESPERANZA TIENE UN NOMBRE

En la calle de la Feria aún siguen preguntándose quien fue el joven que llevó unas flores de la Virgen a aquella mujer. La historia, acaecida hace sólo unos años, no fue lo que ahora se denomina una leyenda urbana; sus protagonistas existen y con algunos de ellos pudieron hablar los periodistas evidentemente no con todos; por lo que ahora explicaré. Los hechos sucedieron más o menos así:

El día ya clareaba, atrás quedaba el esplendoroso misterio de la Madrugá. Estábamos en eso que en Sevilla llamamos 'la mañana del Viernes Santo'. El olor a café con leche y calentitos subía y bajaba por la calle ancha la Feria, desde la esquina de la Cruz Verde hasta la calle Relator. Cortando el frío de la mañana había discurrido ya el paso de la Sentencia, con su trompetería romana galleando a las claras del alba para acompasar el paso imperial, de costero a costero, de la cuadrilla. Habían pasado luego tramos y tramos de nazarenos de antifaz verde y, por fin, anunciada por sus seis inclinados y asimétricos ciriales, llegó el paso de la Esperanza. Los macarenos se refieren a sí mismos como tales, macarenos, que ese es el gentilicio de quienes viven o se sienten parte del barrio de la Macarena, pero cuando hablan de Ella, siempre la llaman por su nombre: Esperanza.

La caja del Carmen de Salteras rufaba a mil revoluciones, elevando al tiempo las pulsaciones de los presentes, mientras el resto de la batería de tambores marcaba el paso. Vámonos; paso a la trasera, decía el capataz Antonio Santiago, apremiándo a su gente, como queriendo ya sentir a su alrededor el abrazo del barrio.

El palio de la Esperanza iba a la altura de la iglesia de Omnium Sanctorum. De repente, sonó el plato anunciando la inminencia de una marcha; los costaleros respondieron aquietando el paso y suavizando su eterno andar sobre los pies. Nada más arrancar la marcha, el capataz se percató de la presencia de una mujer, delgada y muy anciana, que presenciaba la escena desde el balcón de su casa, medio agachada para tratar de ver el rostro de la Virgen. Algo le ordenó que volviera el paso hacia ese balcón. Nunca supo qué fue, desde luego no el fiscal, que, sin saber qué decir ni a qué venía, contemplaba atónito la maniobra. Y, muy poquito a poco, sin que se moviera un varal, las bambalinas bailando a compás de una música que se elevaba hasta perderse en el cielo, el paso fue dándose la vuelta y la Virgen se quedó mirando, frente a frente, a la viejecita.

La gente del barrio que presenciaba ese emotivo momento se felicitó por el detalle que la hermandad de la Macarena estaba teniendo con esa anciana que tan mal lo había pasado.

Unos días antes, había recibido en su casa la visita de alguien que decía querer darle el pésame por la muerte de su hermana, recientemente fallecida. Ambas habían vivido juntas toda la vida y la muerte de su hermana y compañera la había hundido en la más absoluta tristeza. Ella no sabía quien era el visitante ni de qué podía conocerla, pero le agradeció el gesto y lo invitó a entrar en su casa. Pero el visitante no quería darle el pésame. La golpeó, la ató, la amordazó y le robó lo poco que tenía. La pobre mujer tardó horas en poder librarse de las ataduras.

Sí, la gente de la calle Feria creía que la hermandad de la Macarena, con el detalle de volverle el paso de palio a esa mujer, quería consolarla por tantas desgracias como había padecido en tan poco tiempo. Pero en realidad, la hermandad no sabía nada de sus desgracias. ¿Quién le ordenó entonces a Antonio Santiago, que por supuesto tampoco sabía nada de aquella triste historia, que le volviera el paso a esa mujer?

La respuesta que nuestro corazón de creyente se atreve a dar a esta pregunta hace que sintamos los mismos escalofríos que aquella mañana recorrían el amanecer del Viernes Santo en la calle Feria. Pero la prodigiosa historia no acaba aquí. Cuando el paso de la Esperanza se volvió a poner en camino y se fue, calle arriba, hasta perderse en el laberinto blanco del barrio de San Gil, la buena mujer recibió una misteriosa visita. Un joven llamó a su puerta, que ella abrió con lógica inquietud. En la mano llevaba un ramillete de flores. Son del paso de la Virgen y son para usted, le dijo con una sonrisa dibujada en el rostro. Las flores, en efecto, eran del paso de la Virgen, pero nadie ha sabido jamás quien fue el joven que se las llevó.

Hace cincuenta años, Antonio Rodríguez Buzón dijo en su pregón de Semana Santa que los ángeles del cielo bajaron a la Esperanza para dejarla en Sevilla. Ahora sabemos que fue verdad. Pero no la dejaron aquí sola, los ángeles siguen estando con ella. Y uno de ellos fue el que aquella mañana de Viernes Santo llevó a aquella mujer el consuelo inmarchitable de unas flores de la Macarena para borrar la pena y el dolor de su rostro inocente. Esos son los milagros de Sevilla.

La mano de esos ángeles hemos podido verla todos alguna vez. Yo mismo he visto su huella en un blanco pañuelo que conservo como el mayor de los tesoros. Y también he visto su rostro reflejado en muchos rostros de sevillanos que, estremecidos por la emoción, ahogados por los sentimientos, salen al paso de la Esperanza, buscando su consuelo; y no para pedirle nada, sino para darle. Para darle las gracias por tantos favores como Ella nos da a diario.

Antonio Núñez de Herrera dijo que en Sevilla, como en otros sitios, también hay cristos y vírgenes, pero no hacen milagros. Milagros, digo yo, de esos espectaculares que hacen bailar el sol o licuarse la sangre coagulada. No. Y decía Núñez de Herrera que en Sevilla, la gente, más que confiar en los dioses lo que tiene es confianza con ellos.

Las viejas de la Macarena van a la basílica todas las tardes no a pedirle nada a la Esperanza, sino a hablar con Ella como si fuera otra vecina del barrio. A contarle que al día siguiente tienen que ir al médico para que les recete las medicinas de la tensión o que su hija ya se ha echado novio. Hay quien ha visto a más de una que, percatándose de que a su vera se ponía otra a hablar con la Esperanza, le daba un manotazo y le decía: ¡Que me la estás distrayendo!

Hay quienes se preguntan aún cual es el misterio que envuelve a la Macarena. Yo le digo: si quieres saberlo, no faltes a su besamanos, mírala de cerca y lo entenderás. Aunque, eso sí, luego no sabrás explicarlo. Porque la Macarena, como obra divina que es, no tiene explicación.

Puede contarse, pero no puede explicarse. Puede contaros que la he visto entrar en la Campana delante mismo de su paso, y que he visto reflejadas en la muchedumbre, sus lágrimas y su risa. Lo que no puedo explicaros es qué sentía entonces. Puedo contaros que en la abigarrada bulla de una aún anárquica carrera oficial, sin vallas ni reposteros carmesíes, la masa se sentía partícipe de una comunión general; era la función principal de instituto de Sevilla. Sonaba el dragón, se levantaba el paso, sonaba la marcha y aquello era el delirio. Cómo lloraba la gente, cómo reía, cómo la piropeaban. Nadie permanecía ajeno a lo que ocurría, todo era felicidad. Pasaba la Macarena y cuando se perdía en la estrechez de la calle Sierpes, todos acabábamos exhaustos, pero llenos también de Esperanza. Sí, puede contarse pero no puede explicarse. Es algo demasiado grande. Es la Macarena.

En Sevilla la Esperanza tiene un nombre, pues se piensa en Esperanza y se dice Macarena.

VIERNES SANTO EN TRIANA

Dijo Séneca: Nadie es jamás tan viejo que después de un día, no espere otro.

Un Viernes Santo, ví derramarse de los ojos de una anciana dos lágrimas que rodaron por su cara con la misma lentitud con la que caía la tarde. Conforme esos dos arroyos salados fueron surcando una piel que los años habían arrugado, la luz se fue tiñendo del tono rojizo del arrebol. Estaba saliendo la cofradía de La O.

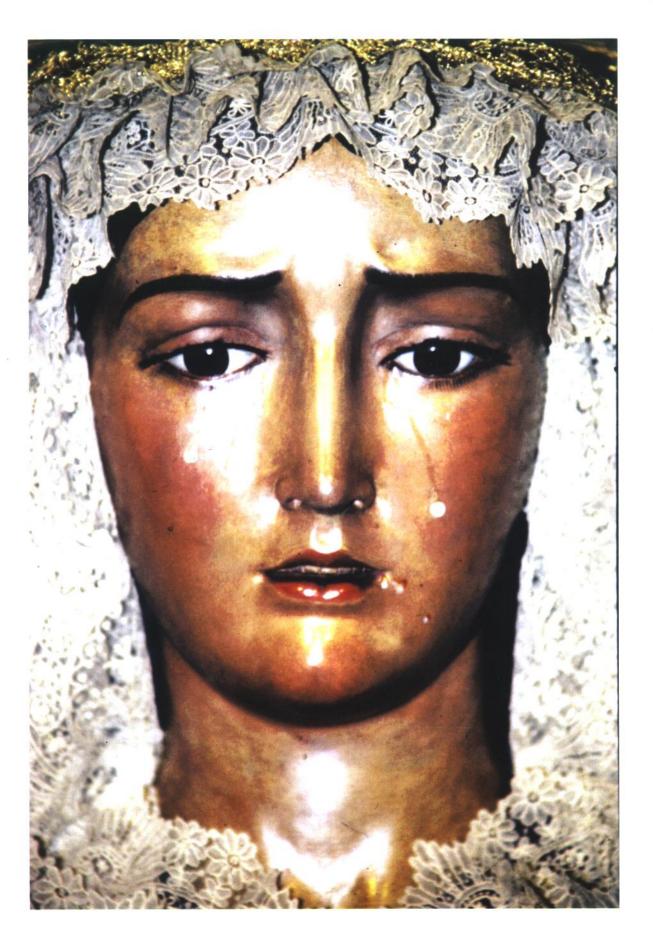
Cuando Nuestro Padre Jesús Nazareno se asomó a la puerta del templo llevando esa cruz cuyo peso nadie sabe cómo puede soportar, el llanto, lento y callado de aquella mujer, fue arreciando hasta convertir en ríos los dos arroyos que fluían de sus ojos. Cuánta vida encerraban aquellas lágrimas, cuántos ayeres perdidos flotaban en ellas y a través de ellas venían a reencontrarse en ese punto y esa hora de la tarde, como también se encontraban esos dos ríos de lágrimas en las comisuras de los labios de aquella mujer.

Estaba saliendo la cofradía de la O y toda su vida le estaba pasando por delante con la misma cadencia con que iban saliendo las parejas de nazarenos. Y allí, metidos en la bulla que se abigarraba a las puertas del templo, ella seguramente estaría viendo de nuevo a todos aquellos que ya no estaban. Incluso podía verse a ella misma, de niña, pidiendo caramelos entre las anárquicas filas de los nazarenos de antaño. Y también veía, pendiente de ella para que no fuera a perderse entre la muchedumbre, a quien la había llevado de la mano para ver salir la procesión; y más tarde, los ciriales del palio ya estaban bajo el dintel, se vio llevada del brazo por aquel que también se le fue para siempre; y aún después volvió a verse llevando ella de la mano a niños que dejaron de serlo hace ya tanto tiempo... era la vida, su vida entera pasando ante su mirada a través de unos recuerdos que parecían ensartarse en los puntiagudos capirotes que de dos en dos iban surgiendo de la oscuridad de la iglesia como si fuesen una creación de la luz rojiza de la tarde.

Los romanos decían que las personas no morían del todo hasta que su recuerdo no se apagaba por completo. ¡Cuántos fueron los que volvieron a la vida aquella tarde de abril en un milagro de evocaciones provocado por el hecho simple de estar saliendo una cofradía a la calle! Pero es que estaba saliendo la cofradía de la O.

La emoción, la pena, la alegría, todos esos sentimientos reunidos flotaban en el vidrio que empañaba la mirada de aquella vieja trianera. El sol dejaba caer sus últimos rayos desde el Patrocinio antes de decir adiós. Así había sido siempre aquel momento, la única que había cambiado era ella. Olía de nuevo a garrapiñada e incienso. A colonia de día de fiesta y a cera sin estrenar. Pero ella ya no era la niña que pedía caramelos. Estaba saliendo la cofradía de la O y su camino lo iba alfombrando el venerable llanto de una anciana, y ese llanto, contenido en cada una de sus lágrimas llevaba todo cuánto a ella le quedaba: un puñado de recuerdos.

Cuando el manto de María Santísima de la O se perdió tras la esquina de la calle Callao, mi mirada, que lo había perseguido absorta, se fue como un rayo hacia el balcón donde estaba la mujer, pero ya no la ví; se había perdido tras los visillos que velaban la intimidad de su casa. Por eso no pude guardar de ella ningún otro recuerdo que el de aquellos instantes en que la vi llorar con ese llanto callado que manaba sin esfuerzo de sus ojos mientras en la calle Castilla estallaba un año más el júbilo de ver salir la cofradía de La O.



Cada cofradía es una metáfora de la vida, su andar resulta a veces imperceptible, pero es imperturbable. El paso de palio siempre se nos acaba perdiendo a lo lejos. Y ninguna otra visión hay que resulte más melancólica en Sevilla que esa de ver perderse tras una esquina un paso de palio mientras la marcha que la acompaña se difumina en los dulces sonidos de la madera que va cerrando la banda. Aquel Viernes Santo, sin embargo, la melancolía del instante fue aún más desgarradora. Porque en el rostro ajado y lloroso de aquella mujer acerté a ver el que alguna vez tendremos todos nosotros. Y sentí melancolía anticipada por lo que somos y dejaremos inevitablemente de ser. El tiempo habrá de pasar, inexorable, terrible, marcándose en nuestro rostro que, al cabo, como dijo Borges, se desdibujará como el rostro de un sueño. Todos acabaremos siendo recuerdos.

Sé que algún día el recuerdo de esa tarde en Triana, y todos los demás que tengo y los que habré de guardar, me asaltarán viendo salir una cofradía cualquiera. Si os fijáis bien, todas las cofradías desatan idénticas emociones en aquellos que guardan en su mente tantos recuerdos que apenas les queda ya sitio para nuevas ilusiones. Siempre hay una mujer que llora calladamente en un balcón, o un hombre que calla por no llorar en alguna ventana mientras la voz del capataz se eleva sobre el silencio de la multitud para poner en franquía el paso y sacarlo a la calle entre el estremecimiento de una ovación y el saludo marcial del himno nacional.

Así ocurrió aquel Viernes Santo. La tarde se había suavizado y la Semana Santa ya se nos había hecho mayor. Salía la Virgen de la O y unas lágrimas de agradecimiento acudieron a recibirla.

Gracias, Madre, por el consuelo que nos das para sanar el dolor de tantas ausencias. Gracias por cuidar de los que se fueron y velar por los que aún estamos aquí.

Ya están próximos los días en que habrán de sonar las siete antífonas que proclaman como trompetas triunfales la venida del Redentor.

La Virgen de la O, coronada del oro de los arreboles que tiñen el cielo de Triana cuando cae la tarde del Viernes Santo; adornada su corona con las perlas de esos recuerdos hechos lágrimas de emoción, nos ha llamado para ponernos a la cola de su manto y seguirla en un camino que nos llevará hasta ese hogar eterno de la gloria, donde no existirá la melancolía porque nos inundará la gracia. No dejemos que se vaya. Sigámosla hasta el Altozano donde los arcángeles, que ya entonan las siete antífonas anunciando la llegada del Mesías, ceñirán sobre sus sienes esa corona labrada por los sentimientos.

Virgen de la O, te pido por aquellos que nos lo dieron todo. Haz que en su corazón los recuerdos dejen sitio a la Esperanza. A ti, Virgen de la O, te pido por ellos, y a los demás les pido para ellos un respeto. Un respeto, señores, el que merecen aquellos que nos legaron el mundo en que vivimos, aquellos que trabajaron duro por nosotros, aquellos que sufrieron la miseria para que hoy nosotros gocemos la abundancia. Un respeto y también un homenaje a esos mayores que lloran en los balcones viendo su vida retratada en las llamas de los cirios de la cofradía. Vamos a dar por ellos esta chicotá para llevar a María Santísima de la O muy poquito a poco, gustándonos, sobre los pies, con la misma cadencia que el sol se mueve en el cielo de Triana hasta dejarla al pie del altar donde será coronada; y vamos a pedirle mientras la trabajadera se asienta sobre nuestros hombros que las únicas lágrimas que veamos caer cada Viernes Santo ante su soberana presencia sean siempre de alegría y que el brillo de su corona nos alumbre el camino hacia su casa. Bendita seas por siempre, Virgen niña de la O, y benditas sean las lágrimas que brotan a tu paso.



LOS HIJOS DE LA ESPERANZA

En aquel lejano barrio de altas torres donde vivíamos, cada año nos anunciaba la Cuaresma la lata de nuestro vecino José Angel. José Angel ensayaba sobre aquella lata el redoble que le había enseñado su tío, baterista de una orquesta de la agencia de Pulpón que actuaba en barcos y que, en Semana Santa, tocaba el tambor en la Centuria Macarena. Más que un redoble, aquello tan metálico era un repique. Una campana de lata que repicaba a Cuaresma. Para los mayores, era el anuncio de que al polvo habrían de volver más temprano que tarde, pero nosotros éramos aún demasiado jóvenes como para tener miedo a ese irreparable futuro. Así que la dichosa lata nos sonaba a gloria.

José Angel se ufanaba de tener una varita que le había hecho Cayetano González; y nos la enseñaba orgulloso. El quería ser de mayor una cosa muy extraña que nosotros, niños de un barrio lejano y sin cofradías, no sabíamos muy bien qué era. José Angel quería ser tallista, para dibujar en la madera hojas de cardo y volutas con que adornar un paso. Por ejemplo, el paso del Sagrado Decreto, que era su favorito, aunque hacía mucho tiempo que ya no salía.

José Angel sabía mucho de cofradías porque su madre, Pepi, era de la calle Enladrillá; esa calle en la que se le apareció la Virgen —la Virguen, como decía ella— a Sor Angela de la Cruz.

Cuando la Cuaresma avanzaba dejando atrás las nubes plomizas de primeros de marzo, José Angel nos enseñaba el mayor de sus tesoros que esa mañana su madre había sacado del armario donde llevaba un año guardado y lo había colgado en el salón. Aquel tesoro era una túnica de un color blanco amarillento; un escapulario con la cruz trinitaria, una capa y un antifaz negro. Al lado de la túnica, estaba ya preparada la varita de Cayetano González. Y entonces llegaba su orgullosa proclamación: Yo salgo de nazareno en la cofradía de la Trinidad.

Y venía luego la Semana Santa, haciendo volar en nuestro pecho las pajarillas de la ilusión y desatándonos en el estómago la nerviosera por la incertidumbre del tiempo. Nosotros, nazarenos del Miércoles Santo, contábamos entonces con bula meteorológica y la garantía del sol, pero el Sábado, ay el Sábado Santo de aquellos años setenta, parecía castigado por alguna maldición. Hasta hubo alguna Semana Santa que, habiendo resultado azul y brillante en todas sus jornadas, acabó el Sábado gris y Iluviosa.

Con qué infinita tristeza acababan aquellas Semanas Santas en las que veíamos llegar a José Angel a las seis de la tarde, con las ojeras del llanto marcadas en su rostro y arrastrando la negra capa por el húmedo pavimento. Un año más, la Trinidad se había quedado en casa por culpa de los chaparrones.

Desde entonces, el Sábado Santo fue para mí el día más triste, no sólo de la Semana Santa, sino del año entero. Del gris de aquellos cielos de los Sábados Santos de mi infancia se llenaron mis recuerdos, envolviendo para siempre esta jornada en la más infinita melancolía. Y el paradigma de aquella tristeza eran esos nazarenos de capa negra y cruz trinitaria al pecho que veía cruzar la ciudad cada Sábado Santo.

La vida, sin embargo, quiso traerme andando el tiempo hasta este rincón. Y aquí acabé haciendo parte de mi paisaje cotidiano la umbría calle Enladrillada, donde a sor Angela se le apareció la Virgen; y también la calle del Sol y la Puerta Osario. Y los Jardines del Valle y el colegio de los Salesianos y el Santuario de María Auxiliadora, a cuya vera se acaban de descubrir

los restos de una antigua iglesia paleocristiana donde es muy probable que hubieran estado enterradas las santas Justa y Rufina, verificándose así las antiguas leyendas que ubicaron en este solar su cárcel y su sepulcro.

Y aquí eché mis raíces y aquí están creciendo mis hijos; mi sangre es ya trinitaria. Y entre ese paisaje que hice mío para siempre, está además el nuevo Sábado Santo que aquí hallé. Aquí la tristeza se convirtió en alegría; en la emoción de los preparativos, de ver los nazarenos que, a puñados, llegan a mediodía de todos los puntos cardinales. De los costaleros que igualan en la plazuela, de los globos que inundan la Ronda.

Antes, hemos ido viendo crecer los pasos en el interior del Santuario. Y de nuevo está entre ellos el del Sagrado Decreto. Cómo te echo de menos, amigo José Angel. Cuánto me acuerdo ahora de aquella lata con la que tú nos anunciabas la Cuaresma, redoblando sobre ella con tus varitas de la Magia Borrás. Cuando el Miércoles de Ceniza las campanas de la torre llaman al rito de la imposición, creo estar escuchándola.

Qué bonita, José Angel, es tu cofradía. Cuánto nos alegra el final pesaroso de la Semana Santa esta cofradía de barrio que llena de felicidad las calles por donde pasa. Los niños van dando caramelos, las madres con los bocadillos. Y bajo el sol, sí el sol del Sábado Santo, vuelvo a ver a tu madre, Pepi, llevando de la mano a un nazarenito que porta orgulloso una vara de Cayetano González. 'Mi tío toca en los armaos de la Macarena', va diciendo ese niño. Y este año salgo en el Decreto.

Pasa el Paso del Decreto y luego el de las Cinco Llagas, con la Madre de la Concepción anticipando en el delirio doloroso de su mirada la Resurrección en el cuerpo muerto de su hijo. Suenan las cornetas y, por fín, los cirios verdes anunciando la causa de tanta alegría. Llega por fin la Esperanza. Llega por fin la dulzura. Un palio que no es un adiós, sino que es vuelta a empezar. Es otra vez el principio. Esto no se está acabando, esto no es el final. Nada termina esta tarde. Todo vuelve a ser azul. Y vuelve al camino el verde. Es la vida que comienza, porque estalla en mil colores al verla pasar a ella. Es la Esperanza que pasa. La Esperanza Trinitaria.

He aquí el verdadero prodigio, la razón de este milagro de Sábado Santo. Un rostro, una expresión, unos ojos. Ella es la explicación de este azul del cielo que ahora vuelve a relucir en nuestros corazones. Ella es la ilusión renovada, el último azahar que florece cada año en Sevilla; el amparo de su barrio, que se arrebuja como un niño en el regazo de su mirada.

Ella es el regalo que Dios quiso hacernos. No le pareció suficiente que a la sombra de esta torre durmieran el sueño eterno las santas alfareras, ni que frente al arco del Santuario naciera madre Angelita; ni que la Virgen se paseara por la calle Enladrillada. También quiso regalarnos la dulce mirada, el blanco estremecimiento, la delicada flor, el bendito suspiro de la Madre de su Hijo. Démosle por ello gracias y digámosle bendito. Gracias Señor por darnos esa Esperanza que es la bendición del barrio, el consuelo de nuestra gente, la alegría de nuestro hoy y la promesa del mañana.

Gracias, Padre, por habernos hecho hijos de la Esperanza de la Trinidad. He dicho.

